



# La casa y el refugio

Roberto Frías Llorens

En este fragmento de novela, un escritor de oficio busca un poco de paz. Es su ilusión: alejarse de los ruidos y las entrevistas. Cuando parece que lo ha logrado, el destino parece oponerse...

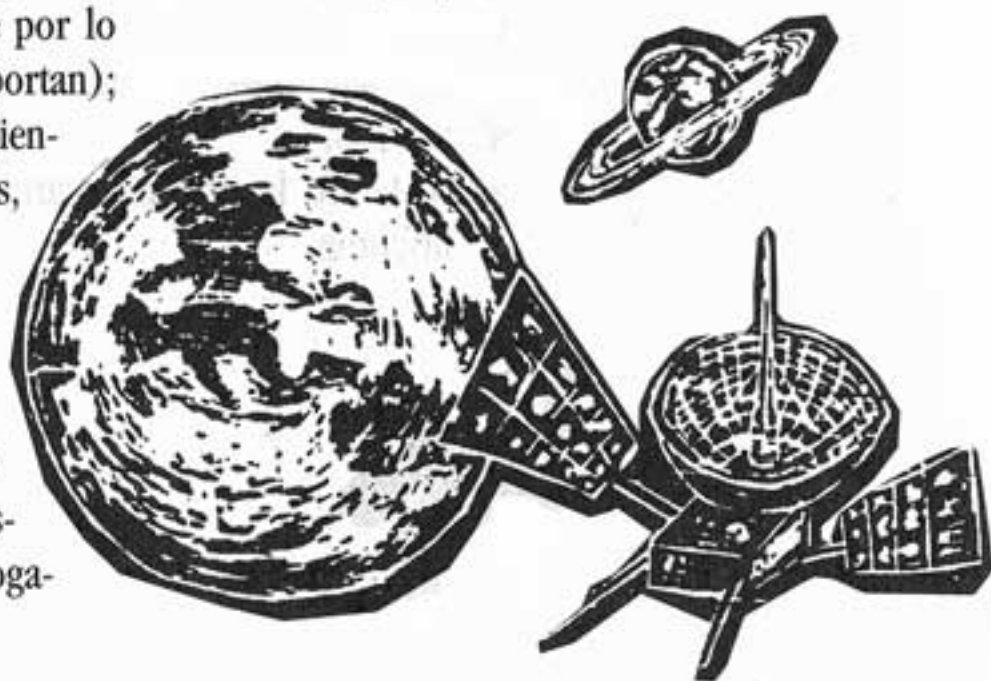
I

Aquel departamento es, al mismo tiempo, un refugio y una casa. Aún no lo conoce, pero desde la calle de Mazatlán (alfombrada por los autos con agua de lluvia tempranera y hojas de eucalipto; refrescada por la sombra de árboles cuya copa vive cansada entre las nubes; recorrida por jóvenes artistas plásticos, como llamaba a cualquier reivero desaliñado, que en verdad ya no eran ni jóvenes, ni artistas; por parejas de escritores regordetes y mujeres más altas, más jóvenes, más neuróticas seguramente dispuestas a ser madres y esposas de sus respectivos "gorditos" e iluminar los íntimos recovecos habitados de angustia edípica y otras alimañas domésticas; por periodistas gays que en secreto desean salir no sólo del entenebrecido país y de la soledad sino del closet; por hombres y mujeres que nada tienen que ver con la cultura y el arte y que por lo mismo no conoce y ni le importan); desde la calle de Mazatlán, él piensa que refugios hay muchos, pero acogedores muy pocos.

Puede arrepentirse aún.

Recuenta mentalmente, con ese gesto cándido que, según Elena, lo acerca a San Sebastián y lo aleja de la adustez fingida, la variedad de hoga-

res, patrias pequeñas, donde podría solicitar asilo. Excluye, uno por uno, repasando nombres y rostros, a los amigos de la infancia: Patricio Cardenal, quien de pequeños lucía un botón rojo cuyas letras amarillas decían PSOE y nunca (ni siquiera después de la prepa) quiso aceptar que su verdadera intención había sido usar el de PSUM. Descartado, él no desea compartir habitaciones con una apología sobre la actualidad de la izquierda latinoamericana y además, Patricio lleva dos meses perdido en Cuba. Bernardo Perdices: se casó con una stripper; al ser abandonado por la artista asedió a una ejecutiva de publicidad que aceptó casarse por hartazgo, pero luego lo engañaba con la sirvienta. Cuando la señora de la casa y el ama de llaves mudaron residencia a España, felizmente casadas, él se convirtió en asceta y en ese año perdió el trabajo y la casa. Sus



vagabundeos por el Parque España (posible traspolación de la región que anhelaba visitar) en un estado lamentable, daban mucho de qué hablar (y callar) a los amigos y los compañeros de trabajo. Imposible. Nada peor que pedir asilo en una casa abandonada o, quién lo sabe, una caja de cartón. La vida en las calles deja paso al recuerdo de Emilia La potranca Poggio, famosa en preparatoria por la celeridad enfermiza con que conducía su vida y la de los demás. Amaneceres en un mar de excitación y estrépito, deberes de inquilino dictados por un flujo de estrógeno, negación de los placeres producidos por adivinar las formas de las nubes, conversar o, simplemente, registrar con delicadeza el paso de los días sin chistar. Las objeciones apuntadas al margen del anuario eran contundentes.

Piensa en las mujeres del pasado y en sus padres y hermanos. Lo conocen tan bien, que en el mejor de los casos sería como ir en pos de las furias e invitarlas a vivir en casa. Los amigos recientes, de trabajo, los familiares lejanos y los conocidos, le inspiraban los más oscuros presagios. Lo conocían tan poco que sería como rogar la posada en casa del acreedor.

No son opciones, sino formas concretas de la imposibilidad, visualización del cerco, alrededor del campo de acción. En su mente, al pie de los nombres listados, hay una cláusula donde reconoce que lleva un tiempo escapando de esas mismas personas.

Avanza hacia el puesto de periódicos. Cae en la cuenta, es una carrera desfavorada para alejarse de todos.

Un año antes propinó a Elena un empujón ligero

## Nada peor que pedir asilo en una casa abandonada

ayudado por Alba, que no podía ser otra, como en las peores novelas, que la persona más cercana y en este caso su directora de fotografía. Y, como en gravedad cero, la fuerza de aquel empujón de infidelidad se multiplicó geométricamente hasta crear una distancia insalvable. Del amor entrópico a la perpetración de reproches y al chantajismo más hiriente. En el trabajo, olvidar los detalles básicos de responsabilidad, el caos, la antipatía por los colegas, en fin, la pérdida de toda motivación, se dibujó con trazo firme, produciendo una alergia cuyo escozor se agravaba con el tiempo. El mundo en general era la serpiente que constriñe y asfixia.





Y comprende, mientras su descuido desemboca en la sección cultural del periódico, que todo esfuerzo por huir es un viaje hacia un destino tan detestable como el punto de partida.

Por fin repara conscientemente en la página que se ha mantenido frente a él durante el transcurrir del pensamiento. El hombre que lo observa congelado desde el fondo de la fotografía le parece familiar.

Pero es difícil saberlo. Rememora la sensación de encontrarse a un antiguo compañero de universidad, de sobreimponer los volúmenes precisos de la juventud a los más blandos y curvos de la edad madura. El esfuerzo lo lleva a todas las sumas y restas de barba, bigote y cabello, de anteojos y ropa, lentamente se precisa la identidad de aquel hombre. Por un segundo la memoria juega con sus espejismos y le susurra al oído que se trata de un ejecutivo y él acepta. Pero después aparece la burla plena de su mente cuando ésta desliza la idea de Cary Grant.

El pie de foto termina el proceso con un "Carlos Lira, famoso por el

eclecticismo que lo ha llevado a incursionar con éxito en la literatura, cine, gastronomía, y la industria editorial, será uno de los más esperados conferenciantes en el VII Congreso de Literatura Hispánica".

*Y, ay, este fuego que lo pide todo desde un trono entre las vísceras, como la gula, que carcome y demanda mientras conoce saciedad.*

El mediodía es un bisturí de fuego que rebana la mente, al seccionar se lleva todos los recuerdos y el destello que por dentro resplandece en ojos, estómago y oídos, deja al pasar un viento blanco que arrastra el nombre detrás del nombre.

Carlos Lira.

Arruga con fuerza el periódico y así lo lleva con decisión, de vuelta a la calle Mazatlán y mira el edificio una vez más.

En este momento piensa que las amplias ventanas y la orientación son la mejor publicidad que ese apartamento necesita. Pero el público, en su infinita sabiduría, tiene la certeza de que él se equivoca.

No sabe cómo negarse a poseer la imagen que conoce de siempre: el hombre descansa sobre un mullido sillón ergonómico, su mano derecha sostiene la taza romana para espresso cuyo contenido hirviente prolonga lenguas de vapor que se enroscan, promiscuas, en los rayos del sol. El ventanal entero es una piscina luminosa y el hombre, ladeando un poco la cabeza, distraído, mira hacia el exterior, tal vez a algún transeúnte anónimo o al gato del vecino o, como Jimmy Stewart, al mismo vecino que ha asesinado a su esposa y ellos no saben que está ahí, riéndose de su andar o de su mirada inquisitiva o de sus torpes procedimientos de homicida amateur. Pero sin importar cuál sea el sujeto a mirar, todo debe ser plácido, el momento debe transcurrir sin preocupaciones. El presente, sa-



cado al sol, fijo para siempre, debe envolver y obedecer al hombre, tirarse a sus pies como un perro y aguardar con resignación el momento en que aquél decida continuar con el futuro incierto.

Ese es el refugio de la casa: ahí donde nadie entraría a moverlo del sillón, a cerrarle las cortinas, a barrer levantando partículas de polvo que compitieran con el humo del cigarro o el vapor del café, que serían estigmatizados por la barrendera (esposa, amante o Joan Crawford) como olores non gratos.

*La voluntad ajena se anula en el tapete de entrada que no dice nada, pues a nadie espera.*

Ahí donde se habla y se grita a solas para oírse bien, para conocer de fuente fiel cuál es la temperatura de los pensamientos, dónde la necesidad de anular el hambre, de dormir, de sentarse en el baño y esperar que algo nuestro se decida a irse, dictan los horarios.

*Reconozco mi voz sólo cuando, breve, flota a la deriva en mi silencio. Cuando, aturdida por el maltrato de algunas paredes, en su cabeza de voz solitaria se altera el orden de sonidos y llega al punto de volverse otra.*

Ahí donde los otros que se cargan dentro abren los

ojos al silencio y se convulsionan en danza tembeque, ritual de muertos, para sacudir la oscuridad en que el hombre los mantiene y luego, con todas sus diferencias, lo enfrentan para pedir la libertad.

*Yo somos un todo insoportable que se aboga en su propio sudor, muy apretado, casi fusión.*

Decidido a comprar esa quimera (que, en realidad, de tanto imaginar ya conoce) abre la reja verde y busca por un estrecho patio hasta encontrar el sótano del casero.

Primero advierte a un viejo de sonrisa parca y esa mirada gris que se entretiene, severa. Atrás de eso ve la corpulencia y el cráneo descubierto,



huesudo (faltarían los colmillos y las orejas en punta); al final se percata de la mano afilada y del gran aro rojo, el llavero.

Cuando el futuro quiere morder, utiliza lo que hay a mano y es tan espontánea su elección que aún sintiendo el ardor de los dientes somos incapaces de reconocer los presagios.

¿Pero sí lo va a comprar? pregunta el anciano con escepticismo.

*Compraría hasta un hoyo en la tierra para tener un poco de paz.*

—Sí, bueno, tengo que verlo por dentro, pero sí.

*¿Sería más soportable el mundo si matáramos a todos los metiches? No, los exhibicionistas morirían de aburrimiento.*

## ¿Sería más soportable el mundo si matáramos a todos los metiches?

—No es que me importe, pero creo que no debería precipitarse —su mirada se vuelve evasiva.

Comprende que el anciano no se preocupa por la posible decepción que aqueja a



quienes compran ilusiones. Y por el tono empleado y el gesto de

preocupación, infructuosamente velado, que se trata de algo más serio. Pero cuando tiene el ánimo de preguntar ya han caminado de regreso al patio, subido tres pisos y llegado a la puerta de su próxima casa.

Cuando ésta se abre comprueba con satisfacción que no se equivocaba: el pozo de luz, la amplitud de pared a pared, la calle enmarcada con tupidas copas de árboles, un escaparate soñado para la asfixiante sobremesa del domingo. En el baño ya lo esperaba la tina del tamaño justo para llenarla con disertaciones extraídas del periódico, argumentaciones suspicaces que se convertirían en vapor y volverían al interior de su cabeza después de condensarse en nubes de olvido.

*No se puede tolerar que opines cuando tu información es de lector de periódico.*

El último día de mudanza, mientras observa el noticiario de la tarde, decide no esperar a que el orden se aposente para revisar la copia de trabajo. Al despejar la moviola, quitando latas y revistas de encima, recuerda a Don Fructuoso, el casero, mirándola como si se tratara de un aparato diabólico que no podría traer sino desesperación. El engarzado de la película estuvo listo casi al mismo tiempo que el exprés, las imágenes corrieron a la misma velocidad que su mente hacía zoom-out y el dilema



existencial del protagonista quedaba fuera de foco. En ese momento un sol vibrante proyectó sobre el parquet las hojas de los árboles, y siguiendo su baile la mirada detuvo el largo paneo sobre la televisión.

Un informe sobre el VII Congreso de Literatura Hispánica. Apareció en el estrado, como una vieja dolencia que regresa sin aviso, inoportuna, el Carlos Lira que conocía de tantos noticiarios como ese. Sintiendo los músculos del rostro endurecer por la amargura, recordó la noche en que el perdón anudó esa pax augusta (destinada al fracaso) entre la reina ufana que se tendía cual María Félix sobre el lecho, Elena, y Jorge Negrete, rodilla en suelo, humillado en lo más hondo de su hombría, él. Mientras un tercero, un Carlos vigoroso, recibiera en televisión el premio a la calidad editorial.

*Pero es más hombre el que sabe pedir perdón, mi'jo.*

Los guionistas instalados en su cabeza rehuían la especulación sobre estos hechos, pero aquel día le pasaron el primer borrador. Era evidente que la sonrisa de Carlos hacía juego o jugaba con los naufragios nocturnos a que se entregaban Elena y él. Quizá eran casualidades o el producto de las marchas forzadas a que sometía su imaginación. Pero como de costumbre desatendió esta advertencia intuida, aceptando de entrada el disparate para analizarlo a fondo después. Por principio negó la pre-

destinación, la cábala y el psicologismo, pero también el azar, la preaceleración de las partículas y la teoría de la sincronía. Era imposible que cualquiera de los dos construyera esas situaciones a propósito. Pero tampoco era cierto que la casualidad se redujera a un terreno neutro donde la significación de los sucesos perdía importancia. Porque no hay forma de evitar que los hombres busquen sentido a todo lo que les ocurre. Y si un accidente automovilístico promueve un cambio de actitud, si un empleo se obtiene a partir de un encuentro fortuito con un camarada preescolar, treinta años después, en un restaurante que se visita por tropiezo más que por asiduidad, por qué no habrían de significar algo las repetidas incursiones televisivas de Carlos, en su sala, su recámara y hasta en bares o tiendas. Aún aceptando que los eventos de la vida fueran resultado de una compleja ecuación, construida con un sinnúmero de variables desconocidas y en su gran mayoría alejadas del contexto personal, aún así podría decirse que las más cercanas, las que viven en casa, son sujetos de análisis, sin importar la cantidad y el tiempo necesario para completar su estudio. Para él, las escenas de aquella historia demostraban la relación, empezando por la que vivía en ese momento: Carlos, en calidad de organizador del congreso, da "la bienveni-



da a los participantes que han llegado de todas partes del mundo para reflexionar sobre la literatura hispánica". En realidad agradece a los congresistas por considerar su prestigio digno de semejante quorum.

*Porque dar la bienvenida es siempre aceptar los grados de superior y anfitrión, es un entregarse públicamente a la comunidad con actitud de cándido sirviente en el puesto presidencial.*

Y para probar la calidad de sus reflexiones existía un empate mental que le permitía listar las escenas claves de la trama:

1. Carlos presentaba su última novela el día que él fracasaba en la más reciente película *De pasión y perdones*, un encargo.

2. Carlos agradecía con un discurso magnánimo el grado de Doctor Honoris Causa mientras él, en la cama, se disculpaba por su pésimo desempeño.

3. Carlos recibía el cargo de miembro de número de la Academia Mexicana de la Lengua mientras él desquitaba sus frustraciones sexuales en el sofá de Alba.

4. Carlos, en entrevista televisiva (cadena nacional) daba fin a la polémica desatada por rechazar la dirección de una afamada editorial española la noche que él sacaba sus últimas pertenencias del departamento que ocupara con Elena.

5. El día que buscaba departamento, Carlos aparecía en el programa de Mario Disecto, el crítico literario, para hacer real una versión revisada del fondue de chocolate que se le ocurriese para uno de sus personajes.

Las conexiones eran claras, eran la verdad de una relación que debía significar algo. En todas esas ocasiones había logrado superar el desasosiego que la envidia le causaba. Pero



esta vez la exaltación nerviosa anuló toda defensa y estaba postrado sin el menor garbo, el ego expuesto y vulnerable.

Despertó de su ensueño cuando la copia llegaba a la mitad; una vez más la imagen se dejaba enfocar para que el director se llenara de un profundo asco.

*A quién le importa lo que dos actores de teatro malogran en una cinta inverosímil; nuestro cine repetirá a sus hamlets, sus clitemnestras, sus agamemnones por toda la eternidad. La tele es más soportable.*

Cada toma tenía la capacidad de evocar las circunstancias específicas en que había sido rodada, lo que existió a su alrededor en un pasado que bien podría ser una pesadilla. Pensó en una pintura a la que se le impone una mascarilla para delimitar un detalle, su autor es capaz de describir, al igual que cualquier espectador, lo que hay alrededor. Pero más allá del detalle físico sólo él recuerda el momento exacto en que extendió el rojo, dibujó un rostro o llegó al borde de la renuncia. De la misma manera recordó, aunque las imágenes mentales tengan precisión fotográfica, la desastrosa filmación. Ni las buenas inten-



ciones del productor (que en realidad era diplomático, que en realidad era filósofo), ni la dirección de arte que sobrepasaba todas las hazañas heroicas de la última década y que se ocupaba de recrear los años cuarenta, ni el elenco exquisito, ni el fotógrafo de sepias innumerables, ni la acting-coach recién desempacada del actor's studio, ni el equipo cibernético, ni el guión con tres años de trabajo y 12 tratamientos, podían evitar las arcadas mentales, las ganas de arrancarse a sí mismo el peso real de la verdad que al fin acaba por arrastrarlo todo en la caída. Pero mientras caía se dio tiempo de distraer la mirada para que al menos el golpe de la realidad lo sorprendiera contemplando las hojas de los árboles que bailan en el parquet.

*Otra de tus cochinas, es mejor ver la tele, de verdad, por lo menos las series gringas llegan a un final,*

*tienen un final. Ay, no grites, no llores, no te bagas la nena chillona, porque bien que te escondes con eso. Mejor escucha para que te los sepas de una vez: otra de tus cochinas, OTRA DE TUS COCHINADAS. ¿TE ENTRÓ EN LA CABEZA?*

Despertó nuevamente cuando la copia llegaba al final incomprensible que aún ahora, pero cada vez con menor convicción, él definía como abierto.

*Qué fea película papá, es de esas de un ruso loco ¿verdad?*

Ya no hubo manera de parar la caída. Con ese final llegó el arrepentimiento y el impulso que dos segundos después llevaría sus manos hasta la cinta. Arrebatándola con furia a los dientes de la moviola hizo todo por destruirla.

*Qué fácil es hablar de películas difíciles cuando eres Truffaut.*

Veinte minutos después, estaba sentado en el piso, rodeado por trozos de longitud visible, conteniendo un grito de reproche porque sabía que él era el destinatario y el remitente. Pero el grito salió, largo y







agudo, durando tanto como su maltrecha conciencia se lo permitía. Marlon grita como una bestia terrible, pero no llama a Stella sino a él mismo.

#### OTRA DE TUS COCHINADAS.

No le importaba que Don Fru escuchara, seguramente agazapado detrás de la puerta, esa larga explicación sin palabras de la verdad. Que Don Fru se regocijara con el llanto patético de su inquilino, tal vez sospechando desde la primera impresión. Podía imaginarlo al balancear el aro rojo con delectación y celebrar que otro más, de los muchos locos que habitaban el lugar, alcanzara la cúspide nerviosa. Blanche Dubois se enfrenta a la realidad de nuevo.

Cuando por fin pudo incorporarse sobre la pedacería que antes fuera su último trabajo, decidió

que esa era la mejor forma, la única, que merecía tal aberración. La película había encontrado el final preciso que respondiera a sus componentes irreconciliables.

La casa y el refugio se acabaron, los acabamos, se volvieron una cárcel madura y sofocante, tapizada por todas las imágenes que había visto, que habíamos visto, en la infernal oscuridad de un cine. Ya no era posible pensar en la unidad de nada: 'el sol' es 'las estrellas', 'la pera' es 'los frutos', 'una nota distante' es 'todas las posibles', 'esta casa' es 'todas las conocidas', 'su voz' es 'todas sus voces'.

Pensó en un Ciudadano Kane alterado donde todos los participantes buscan para encontrarse, donde Kane es posible cuando los que le rodearon se fusionen. Rosebud somos las voces dispersas que ahora se alejan.

Y mientras dejaba de existir, disolviéndose en un aceite de voces que cobraban forma propia, deletreaba su nombre, lo último que olvidaría

